



Una mujer que predica en el contexto de una cena¹

Maritzé Trigos, O.P.

Jesús se encuentra en Betania, que significa casa del pobre, casa de Simón el leproso que connota marginación, exclusión, y estaba sentado a la mesa (Mc 14,3). Situaciones, espacios y actitudes propias de una Iglesia doméstica, de una Iglesia Comunidad construida y vivida desde la perspectiva del pobre.

Están «**los de la casa**», «**los de la mesa**», la comunidad íntima de Jesús, los excluidos y excluidas, como eran las mujeres, los pobres, los huérfanos, las viudas, los enfermos y perseguidos. Desde ahí se predica; es el lugar social y teológico donde Dios quiere hablarnos hoy, la perspectiva del pobre; son los que siempre estarán a nuestro lado en una situación mundial de guerra y de globalización económica, los mártires de nuestros pueblos de hoy, la Palabra viva de Dios encarnada en sus procesos y organizaciones, en su vida cotidiana.

«Algunos de los presentes se enojaron, y se dijeron unos a otros: ¿Por qué se ha desperdiciado este perfume? Podía haberse vendido por el equivalente al salario de trescientos días, para ayudar a los pobres. Y criticaban a aquella mujer» (Mc 14,4-5).

«Pero Jesús dijo: Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo» (Mc 14,6).

Una mujer sin nombre proclama a Jesús rey y sacerdote y lo unge, quizá con la presencia activa y silenciosa de ese grupo de mujeres que seguían a Jesús desde Galilea, y que estuvieron presentes al pie de la cruz, «*estaban María Magdalena, María la madre de Santiago, Salomé. Además, había allí muchas otras que habían ido con ella a Jerusalén*» (Mc 15,40).

Esta mujer es atrevida, supera la discriminación, la exclusión de su época y se lanza con este gesto que choca a las estructuras religiosas y económicas... Jesús se pone de su parte, «*déjenla, no le impidan que lo que está haciendo es algo muy importante*».

Su sensibilidad de mujer, su ternura, su compasión la lleva a este acto solidario y amoroso.

Su gesto profético de ungir con perfume la cabeza de Jesús es muy simbólico. No es gratuito atreverse a gastar un perfume fino y costoso sobre Jesús. Intuye quién es Él, se adelanta a la muerte y a la Resurrección, denuncia las estructuras de muerte y anuncia la esperanza. Su acción profética, que es predicación, provoca reacción, controversia, desacuerdo. Imposible que fariseos, maestros de la ley y publicanos, por su actitud de rechazo a la Buena Nueva, pudieran entender este lenguaje, a ellos no les era permitido entrar en los secretos del Reino.

«Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos. Sí, Padre, porque así lo has querido» (Lc 10,21).

La mujer del perfume predicó con todo su ser, menos con la palabra oral, guardó silencio, pero no un silencio cobarde y miedoso, sino un silencio henchido de denuncia, de esperanza, de vida, de memoria histórica, de justicia... Hoy estamos cansados de tanta palabrería y buscamos acciones comprometidas, predicar desde nuestra propia vida, no hablar de Dios, sino dejar que Dios hable a través de nuestra vida, de la vida del pueblo sufriente y excluido...

Catalina de Siena advierte a Raimundo de Capua: «*El dominico ha de ser hijo verdadero y pregonero de la palabra encarnada, no tanto con la voz sino con la propia vida, aprendiendo siempre del Maestro de la verdad. De este modo dará fruto, y será conducto por el que Dios hará llegar la gracia al corazón de los oyentes*». Hoy estas mismas palabras nos la dice también a las mujeres dominicas, hijas de la Palabra encarnada desde nuestra propia vida, más que con las palabras, al estilo de la mujer del perfume, que actúa proféticamente desde el símbolo de lo corpóreo, su acción simbólica sigue trascendiendo hoy.

«Esta mujer ha hecho lo que ha podido: ha perfumado mi cuerpo de antemano para mi entierro» (Mc 14,8).

Su predicación del corazón, no de sensiblería, sino desde la misericordia de un Dios Padre y Madre que se compadece en la víspera de la muerte del Hijo único de Dios... Anuncio que contagia, que apasiona, que no es

discurso vacío, sino que tiene la autoridad de una vida.

Predicó desde las entrañas que sienten el sufrimiento del pueblo perseguido que clama justicia, que resiste ante la acechanza del enemigo y derrama su perfume más caro y fino para invadir la casa del buen olor de Jesucristo, del aroma de la esperanza y de los sueños de nueva vida.

Hoy es una exigencia predicar no sólo desde la intelectualidad y racionalidad, sino desde las vísceras unidas a una racionalidad sintiente, como lo hizo Domingo, desde las pieles secas y sufrientes, desde su llanto y dolor, es desde ahí que podremos transformar y asumir la construcción del Reino, como mujeres dominicas y hombres dominicos en la historia y contexto de hoy.

Predicación desde las fronteras, desde los límites de la vida humana; a Jesús ya lo buscaban para entregarlo y darle muerte, era la víspera de su pascua... Es desde ese Memorial de la Pasión-Muerte y Resurrección que la mujer predica con este gesto simbólico, rico en contenido y profundo en su significado.

Predicación que es contestataria al poder del dinero, desestabiliza el dominio egoísta y los planes de muerte, provoca reacción a los adversarios que violentan la vida. Es desde una ética liberadora que se recupera la dignidad humana. La mujer del perfume manifiesta gran convicción y firmeza a su conciencia, convicciones arraigadas que la llevan a una libertad inaudita.

Predicación que convoca con un poder transformador, porque la Verdad y la Justicia son requisitos ineludibles, para que la Buena Nueva se convierta en signo de vida digna.

Alejandra Marabotto, o.p., sintetiza muy bien lo que debe ser nuestra predicación hoy: *«Creemos que lo más auténtico de nuestra predicación femenina se diseña en este ámbito del escuchar y del suscitar la narración, cuidando de que las palabras acogidas y brindadas sean sobriamente necesarias, fermento de liberación. En una sociedad que divide a los hombres en usuarios de derechos y excedencia, siguiendo las huellas de Domingo, caminamos hacia los que están de más; los no necesarios, los no previstos. Allí predicar es disfrutar del banquete desertado por la ciudad opulenta. En cada esquina, en cualquier lugar los excedentes en número, con el hábito de los que vuelven de la gran tribulación están disponibles para fraternizar y compartir el pan, dando rostro al Reino que ya está entre nosotros».*